

niña; su semblante que indicaba el recogimiento, el pudor, la piedad, el amor, como obra de un imaginero medioeval, y la crencha de cabellos castaños que coronaban aquella cabeza como un casco fuerte y suave en que podían introducirse los dedos en horas de abandono y de amor.

No sé qué más se habló, no sé qué pensé ni qué dijo Trini al tenderme la mano; sólo recuerdo que tuve una idea que empezó á martillearme el cerebro y á llenarme la razón: tiene que ser mía, mía, mía siempre.

A poco tiempo llegaron los hijos de mi padrino dando muy malas cuentas de su persona: no habían querido sufrir exámenes ni creían que hubiera para qué; uno pensaba tomar á medias una hacienda de su padre, me parece que *Cruces*, y el otro se sentía con bríos y arrestos para la carrera militar; ya había hablado largamente con un amigo suyo, llamado Miguel Cruz Aedo, y ambos tenían pensado presentarse á un cuerpo, dejando para siempre la turca.

Mi padrino, contagiado de la común preocupación, no estaba de acuerdo con sus hijos, y por eso cada vez que veía á mi padre no dejaba de echarle glorias por mi buen natural y de dolerse de su suerte. Aumentó, pues, mi crédito en casa de los señores; quizás se habló de mí al censurar la conducta de los niños; ello es que pocos días después recibí invitación para ir á la hacienda de «Navajas»,

posesión que tenían á pocas leguas de Tlaxochimaco, á pasar con ellos unos días.

Era el temporal de aguas; la tierra estaba impregnada de humedad, los surcos mostraban, á manera de heridas recientes, zanjas llenas de agua, que parecían hilos movidos de plata; las milpas en *gilote*, acabadas en una espiga amarillenta, oscilaban al soplo del aire; los barbechos en que descansaban los labradores á la sombra de los frondosos *camichines*, se extendían á lo lejos como un mar inmenso de verdura, y contrastaban el verde tierno de las milpas con el acentuado de los plantíos de alfalfa y con el casi negro de las siembras de hortaliza; y mientras ascendía el color, bajaba la gama movidiza hasta encontrar en los agujeros con el verde desmayado de los sauces, el brillante de los fresnos y el mate de los eucaliptus; mientras hacia la montaña se veía subir en continuada procesión, como teoría de frailes que oculta el rostro bajo la capucha, el mate y terroso de los robles y el primaveral de los pinos de copa enhiesta que sobresalían como la última y hermosa aspiración á la altura, al aire puro, á la contemplación y á la vida libre.

La casa de la hacienda era de las de modelo viejo: anchos torreones aspilleros, corrales para toros, vacas y gallinas, una capilla, corredores al campo é innumerables aposentos en que se hallaban hacinados muebles fuera de uso, burros con sillas de caballo, granos y útiles de labranza.



Desde que llegamos comenzó la vida campesina: levantarnos de mañana, emprender solos ó acompañados grandes excursiones á pie y á caballo, comer manjares rancheros y dormir á la hora que las gallinas descansan.

En vano fatigo mi memoria. ¿Fué en una excursión campestre ó durante algún juego de prendas, ó en la casa á la hora de rezar el rosario? ¿Se lo dije de palabra ó se lo escribí en alguna cartita que le deslicé en la mano, ó le señalé algún pasaje de *Atala* ó de *Pablo y Virginia*?

No sé; pero sí recuerdo bien que se lo insinué clara y francamente, sin dejar nada á lo sobreentendido, como pasa en dramas y leyendas, y que ella también, con toda claridad y entre rubores, me dijo que compartía el amor mío.

Lo que sí recuerdo—lo recordaría mil años si los llegara á vivir—es aquella mañanita de Septiembre que decidió de la suerte de mi vida. Faltaba mucho para que amaneciera; los ordeñadores aprestaban sus grandes vasijas; en el patio ardían los restos de una luminaria; del corral del ganado subieron primero los mugidos de un buey, luego los de tres ó cuatro vacas, después los bramidos de un becerrillo distante de la madre. Olores de establo, de ganado sano, de leche fresca, de estiércol mojado llenaban el aire. Vi luego alzarse un bosque de cuernos como saludando la fajita de luz que aparecía por oriente, y á tres rancheros que conducían del diestro ca-

ballos de alzada; salieron á la puerta, desataron de los tientos sus zarapes, echaron unas yescas, montaron y cogieron el camino del pueblo. Dos muchachos descansaban en el corredor; habían dejado á un lado los zurrones llenos de *gordas* y las hondas con cabos de cuero. Me ladraron dos perros, una mujer que barría frente de su jacal me vió como extrañada.

Fingí que tomaba el camino del arroyo de las Trancas; el rocío de la mañana me impregnó el calzado de humedad; á la derecha había un sembrado de trigo, á la izquierda empezaba el descenso hacia el arroyo. Cuántas flores cuyos nombres no recuerdo: *taza y plato*, de color amarillento, veteada de rojo; *flor del sapo*, de pétalos gruesos y carnosos como labios de mujer sensual; *maravillas* como cálices de miel, blancas, rojas, naranjadas, lilas; amapolas de seda joyante de color sangriento; mirasoles rosa pálido con corazón de oro; y luego, zacate tiernísimo como para las fauces de los corderillos recién nacidos; colas de zorra enhiestas y llenas de pelo rubio y sedoso como el de la cabeza de un niño; *cambrayes* violáceos y que parecían propios para herir la piel; *jarillas*, *guayacanes*...

Hice un ramo lo mejor que supe, y luego, por un portillo, me metí en la huerta. A lo lejos se distinguía un bosque tupido; junto á mí corría un arroyuelo; tras un vallado se veía un macizo de rosas. Me orienté con la mi-



rada y descubrí la vieja ceiba. Tenía el tronco retorcido, vasto y duro; la ramazón estaba llena de tubérculos como



cuerpo de elefanciaco; el follaje era escaso y como anémico. Hacia la copa las hojas formaban un núcleo apretado que caía sobre una ventana.

Con precauciones infinitas trepé hasta la cima, y apenas me restregaba las manos para quitar los trozos de corteza y el polvo que se me había adherido, cuando la ventana se abrió y vi salir á la niña de mi alma, más hermosa que el sol que le daba frente y que rompiendo los últimos *stratus* se mostraba

triunfante y dispuesto á emprender su diaria carrera.

Empezamos nuestra plática, atropellada, sin sentido, sin coherencia, sin más unión que aquella con que el hilo del amor ataba las cláusulas dispersas.

— Vida mía, exclamaba yo, estamos tan distantes

como lo están el cielo y la tierra. ¿Cómo hemos de llegar á casarnos si tú eres rica y yo un pobretón que fundo todas mis esperanzas en la secretaría del Ayuntamiento y en la notaría de la parroquia?

— Calma, calma, me decía ella, ten calma, por Dios; sí, todo viene por sus pasos contados. ¿No has oído hablar de ese sacerdote Moreno que es obispo de no sé dónde, que antes fué esclavo de mi abuelito y á quien ahora papá hace reverencias y envía regalos? Pues por qué tú, que, según cuentan, tienes un talentazo tan grande, no habías de ser también algo muy alto, muy alto; con que no sólo fueras tanto como mi padre, sino mucho más que él...

— Pero, chiquilla, si me hacen obispo ó canónigo, acaban conmigo. Así no me puedo casar, ni ser tu marido, ni nada de lo que deseamos. ¿Y sabes lo que me escuece? Que van á pensar que yo te quiero por tus dineros, por estos terrenos, por esas onzas que diz que tiene tu padre. Haciendas, dinero, fincas, ¿para qué las quiero si llego á tenerte á ti, princesa de mi alma, encanto mío y dueño mío?

— Más bajo, hombre, que van á oírte, y todo lo echamos á perder.

Aquí llegábamos ó algo más habríamos dicho, cuando oí en la parte de arriba una voz que regañaba, la de mi señora doña María Antonia; otra que respondía sumisa y llorosa, la de Trini. Me oculté instintivamente entre el fo-



llaje y oí entonces el hablar meloso de gente fregonil que decía desde lo alto:

— Nada se ve, señora; como no haya estado hablando con los árboles de la huerta...

— Vámonos, dijo la Señora, quien se conocía estaba reclinada en el antepecho de la ventana; vámonos que esta niña y yo tenemos que comernos un pollito á solas. Miren la mosquita muerta, la doyme á Dios, la que parece que no quiebra un plato y todos los tiene mochos! Yo le daré galancitos hambrones y sin blanca. No salen todavía del cascarón y ya quieren novio...

Y se metió rezongando mientras yo me escurría del tronco y atravesaba violentamente el trecho que me separaba de la casa.

Conocí que el amo no tenía aún noticias del caso, porque al verme llegar con el semblante enrojecido se limitó á decirme con sorna:

— Andabas de seguro toreando á las avispas, porque vienes como unas granas.

Y en efecto, nada le habían dicho para que la noticia no se le opusiera con el chocolate que iba á tomar.

Acabado el desayuno vi á Trini que pasó junto á mí con los ojos bajos; yo cogí un tomo de la *Malvina*, y con él me estuve sentado en el corredor, pero sin entender palabra de la lectura, si es que acaso leía.

Como á las once se abrió una puerta, y la señora me

indicó que entrara al aposento de su marido. Vi un crucifijo de madera, dos sombreros de jipijapa colgados en un perchero, un cuerno para llamar al ganado. Una gallina empezó á cacarear en el corral que estaba en la parte baja. Yo aguardaba á que don Crescencio abriera la boca; pero él se limitaba á mirarme, á mirarme con sus ojos penetrantes y sañudos.

Al fin rompió á hablar:

— Sé ya la manera con que te portas y el modo con que pagas nuestros beneficios. Eres un desagradecido y un mal sujeto. Quizás pensabas comprometer á la niña, dar un escándalo y obligarnos á un casorio desigual. Ya la hemos llamado, la hemos amonestado, y está conforme en que sólo su inexperiencia la hizo dar oídos á tus insensateces. Como hija sumisa, está dispuesta á casarse con el novio que le tenemos arreglado y que corresponde por su hacienda y por su sangre á las de ella. No protestes ni te aflijas, que es cosa hecha. De hoy más, no hay ligas entre nosotros; mi protección se acabó y cree que me duele hábertela impartido, cuando debí figurarme qué clase de pícaro eras. Gente baja te conocí y gente baja sigues siendo. Vé con Dios y pídele encontrarte siempre con personas que, como nosotros, en vez de echarte á los perros ó de ponerte al cepo, te manden á tu casa libre de daños. No, no te enternezcas; sí, nada nos debes; no has de conseguir ablandarnos; esto está resuelto con madurez. ¿La mano?



Se la doy á mis iguales ó á mis inferiores honrados; tú eres un pillo y un granuja.

Y desapareció con el gesto de un Felipe II airado. Entretanto en el corral había un estrépito inmenso: la gallina acababa de poner su huevo y celebraban el caso todas sus compañeras, mientras el gallo, que se conocía estaba trepado en una altura, lanzó su canto agudo y marcial como una clarinada de combate.

Yo permanecía aletargado, sin movimiento ni discurso, cuando un rancharo me llamó diciéndome que los caballos estaban listos. Monté en el que me indicaron, y á vuelta con mis imaginaciones llegué al pueblo á la hora de comer. Estupefacción inmensa en mi casa; enojo de mi padre al leer una carta del mayorazgo que le entregó mi conductor. Jamás he conseguido saber lo que la carta decía; pero sí supe que en varios días no me habló mi padre, enojado de seguro á causa de mis yerros.

Cuando hubo pasado una semana, en que mis hermanas y mi tía hicieron los imposibles por reconciliarnos, me llamó una tarde á su cuarto y me dijo poco más ó menos:

— No necesito explicarte cuál es la situación, porque hartó te lo ha de haber dicho mi compadre. Perdiste la perspectiva de una buena posición y el cariño de una familia excelente, por tus necedades y tus chiquilladas.

Quizá mi compadre haya andado un poco extremado en lo que no era sino tontería de muchachos; pero eso él

puede resolverlo mejor que nadie. Ahora, ya lo sabes, tienes perdida la carrera y no te queda sino lo que reza el refrán: estudiante perdulario, sacristán ó boticario. Conque elige de esas dos profesiones la que te convenga, ya que no tuviste tino para dedicarte á otra más productiva y de más honor.

Nada contesté á su merced, temeroso de causarle un disgusto; pero eso sí, desde el día siguiente comencé á frecuentar la celda de mi maestro Luna, á fin de pedirle consejo para la resolución de aquel tremendo problema.

El fraile, á quien hice confesión explícita de mis culpas, se rió como un bendito cuando supo lo del noviazgo, y al último me dijo preocupado:

— Pues, hijo, lo peor del caso es que no tiene remedio; puedes estar seguro de que tu padrino ha pensado tanto en perdonarte como en volverse turco; conque no hay que tentar vado por allí. ¿Te allanarías á venirte al pueblo como simple comerciancillo, ó tendrías ánimo de empezar la enseñanza agrícola? Se me figura que no; para cosas mayores estás destinado, y no creo que me engañe el amor que te tengo. Medita, pues, qué te convendría, que si este pobre fraile puede servirte de algo, no ha de dejar de hacerlo aunque se enojen el cacique de aquí y todos los de la cristiandad. Echa tus trazas, que manera nos ha de sobrar de salir del atolladero y de arreglarlo todo.

Ya confortado me marché, y una vez más me puse á